

PRÓLOGO

Es este libro un mero intento de libro de historia *sui generis*, singular, porque contiene y une el recuerdo fiel del pasado reciente, ya centenario, y la mirada atenta sobre el presente y el inmediato futuro. Une, como reza el título, el ayer y el hoy de la Asociación Católica de Propagandistas.

He procurado eslabonar los capítulos con arreglo a un orden temático, que dé unidad y enlace a la pluralidad de cuanto en su momento fueron intervenciones orales unas veces, escritas otras, ante auditorios diferentes, a lo largo de casi cuarenta años. He procedido a una intensa y necesaria poda de todo lo que era, en su momento, circunstancial y momentáneo.

Con ello he procurado responder, en la medida que me ha sido posible, al deseo, que para mí ha sido orden, de quienes sobre el autor tienen la doble autoridad, la jurídica de lo institucional y la fraterna de la consolidada amistad.

El tema de la obra es corporativo, el pasado y el presente de la Asociación Católica de Propagandistas, pero el desarrollo explicativo de tal particularidad rebasa con creces esta obligada limitación, y se adentra, se mueve y expone doctrina, avisos, cautelas y horizontes comunes a cuantos lectores buscan la luz, el impulso, la acción, la orientación correcta de la genuina, permanente espiritualidad cristiana ante la actual situación del mundo, que intenta borrar del horizonte y de la humanidad la presencia permanente de Dios, de Jesús, el Unigénito, hecho hombre, del Padre, Redentor de la humanidad.

El autor se siente, se mueve y escribe dentro de la suprema unidad eclesial del Cuerpo místico de la santa Iglesia, a la que intenta servir desde su propio encaje personal corporativo.

Capítulo 1

AL SERVICIO DE LA IGLESIA Y DE ESPAÑA

El tema, cuyo contenido intento explicar en este inicial capítulo, la Asociación Católica de Propagandistas, presenta dos conexiones: una, con la Acción Católica en España; y otra, con el apostolado juvenil. Es más directa la conexión primera –la Acción Católica– que la segunda –el apostolado juvenil–, por la naturaleza e historia de la Asociación.

Esta Asociación eclesial, que ya ha celebrado su centenario, ha sido, y es, desde su origen, una obra de estricto apostolado seglar de la Acción Católica, pero *sui generis*. Obra de apostolado seglar, de sólo seglares, y numéricamente reducida. Es obra de calculada minoría en cuanto a sujetos. De pocos miembros, repito, capacitados personalmente, profesionalmente, y sobre todo espiritualmente para cristianizar *secundum Evangelium* las realidades temporales en España, para aplicar con eficacia evangélica la doctrina social de la Iglesia en la sociedad española.

¿Cómo y por qué? Brevemente he de responder a esta pregunta, para pasar luego a la justificación de la respuesta.

Por su origen, por su finalidad, y por su historia, la Asociación Católica de Propagandistas es institución apostólica de seglares, asistida de consiliarios, integrada por profesionales, que habiendo sentido el llamamiento del Señor a la expansión de su Reino, han respondido con su entrega a la labor evangelizadora de la Iglesia en nuestra época. Personas, por tanto, que han dicho sí al llamamiento de Cristo y a la meditación de las Dos Banderas de los Ejercicios ignacianos¹.

Desde su fundación en 1909 por iniciativa de un Padre de la Compañía de Jesús, Ángel Ayala, y bajo la rectoría de su primer Presidente, el abogado del Estado Ángel Herrera Oria. El grupo fundador constó de 18 jóvenes, antiguos congregantes marianos todos ellos formados, como acabo de indicar, en la espiritualidad ignaciana de los Ejercicios, y con los estudios

1 *Ejercicios espirituales*, [136-147].

terminados de sus respectivas carreras. No eran adolescentes. No eran muchachos. Habían subido los primeros escalones de la madurez. Pocos, pero capacitados y entregados. Uno era médico, otro historiador, y los demás profesionales del derecho.

Por su naturaleza, y consiguientemente por su finalidad, era y es una institución netamente religiosa, eclesial, laical, no política ni ideológica. Su objeto era, y es, pura y simplemente el de dar voz, entonces y ahora, a la Iglesia en el amplio campo de la vida pública española. A fin de que las realidades del orden temporal se ajusten al orden natural y a las enseñanzas del Magisterio pontificio. Los Propagandistas han sido y quieren seguir siendo alumnos atentos, sacrificados y entusiastas de la doctrina social pontificia.

Naturalmente esa finalidad se ha ido realizando conforme a las circunstancias tan variadas de cada época, de acuerdo con las posibilidades reales y personales de la Obra, y siempre al servicio de la Iglesia en España y de la propia sociedad española. Ajuste que con fidelidad al propio Instituto se ha ido reflejando en los sucesivos Reglamentos de la Asociación².

Y por su historia. Quiero ampliar este punto. Y debo adelantar una observación, que la genuina memoria histórica exige, y que consigno con el agradecimiento, que se debe al Señor, dador de todo bien en lo personal y en lo institucional. La Asociación Católica de Propagandistas ha anticipado de hecho, con su finalidad y en su acción, no pocos de los criterios establecidos por el concilio Vaticano II en su Decreto *Apostolicam actuositatem*. Criterios que fueron fijando progresivamente los Papas anteriores al Concilio, desde León XIII, el gran Papa orientador de la nueva ubicación de la acción social de la Iglesia en el mundo contemporáneo.

Nació la Asociación en 1909 con la sencillez elemental de las obras de Dios. Su primer objetivo práctico fue pura y simplemente la propaganda, por medio de los mítines católicos y de la prensa católica con el diario *El Debate*. Su primer Reglamento fue un breve prontuario de normas elementales, de simples Bases, para la acción apostólica.

2 Véase *Los Estatutos de la Asociación Católica de Propagandistas. Texto y comentario*, CEU Ediciones, Madrid, 2015.

Pero todos sus socios fundadores eran sujetos de excelente preparación. Oradores unos y otros organizadores. Se habían entrenado para ello en la congregación mariana de los Luises, de la que todos ellos procedían. Había sido el propio P. Ayala quien los había preparado con ejercicios de oratoria, labores de redacción, montaje de actos públicos. Y pusieron en marcha, desde el mismo día de su fundación, 3 de diciembre de 1909, los mítines; y desde noviembre de 1911 las campañas de prensa con el diario *El Debate*, adquirido gracias a la generosa ayuda de la *La Gaceta del Norte* bilbaína.

Intentó, a poco de la fundación de la Obra, el gobierno liberal de Romanones suprimir la enseñanza del catecismo en las escuelas primarias públicas. Se opuso *El Debate*. Y logró, con un acto heroico de obediencia, que el intento liberal laicista fracasara. Se quiso bloquear a la enseñanza privada con un sistema centralizador, de signo laicista, estatal. Y se obtuvo un neto, aunque no total resultado positivo. Se apoyó a las agrupaciones de los maestros católicos y se propugnó un tratamiento económico adecuado de todos los maestros de la primera enseñanza. A lo largo de la segunda década del siglo xx la Asociación y *El Debate* prestaron generosa y continuada ayuda a la gran Confederación Nacional Católico-Agraria, que había fundado otro jesuita, el P. Antonio Vicent. Y las Escuelas del P. Manjón en Granada, las del Arcipreste de Huelva, el hoy ya canonizado don Manuel González García, y los comienzos de la gran obra pedagógica de San Pedro Poveda, la Institución Teresiana. Se vieron cordialmente asistidas y apoyadas por los Propagandistas y por el diario de éstos.

Más que crear obras propias, la Asociación ayudaba, colaboraba con sus hombres y su dinamismo en obras católicas ajenas. Es este un punto capital del operar asociativo fijado por el propio P. Ayala y secundado fidelísimamente por Herrera Oria: Servir a los demás, no servirse de los demás era su lema. Y todo, atendiendo siempre a las indicaciones de Roma y del episcopado español. La romanidad, es decir, la eclesialidad, es nota característica del ser de la Asociación, por su obediencia a los Papas, al episcopado español y al obispo diocesano.

Sobre la base personal y corporativa de una profunda vida espiritual alimentada por los Ejercicios anuales, los retiros mensuales, la práctica de la oración y la asistencia entonces de los Padres espirituales.

Reitero, con la brevedad aconsejable, el hecho orgánico de que la Asociación era obra de pocos. Por la sencilla razón de que requería en sus miembros capacidad de dirección. Pero esta capacidad no es mero principio de superioridad. Se requería y se exigía para servir. Toda capacidad, también la de gobierno, es talento recibido, del cual se dará en su momento cuenta exacta y rigurosa al Dador del talento. En la Asociación, como en toda obra de genuino y sacrificado apostolado, el presidir, el *praesae*, está ordenado al servir, el *prodesse*, el aprovechar a los demás, a la base social, a la obra de la Iglesia, al bienestar del pueblo, y en última instancia al servicio del Sumo Capitán, el Señor Jesús, y con ello a la mayor gloria de Dios.

Al acercarse los años veinte entraba en la Asociación la «segunda generación». De ella formaron parte, entre otros, Fernando Martín Sánchez, futuro segundo Presidente, José Larraz, maestro de la economía, José María Gil Robles y Francisco de Luis, sucesor de Ángel Herrera en la dirección de *El Debate*. También sus componentes eran personas profesionalmente situadas y espiritualmente dotadas de los componentes del carisma ignaciano de la Obra. Y surgen al comienzo de esa tercera década del siglo xx dos grandes iniciativas, pedidas por la Jerarquía y realizadas con éxito apostólico por los Propagandistas: La Juventud Católica y la Confederación Nacional de los Estudiantes Católicos. Es el momento de una tercera observación.

El fundador, el P. Ayala, y el primer Presidente de la Asociación, Ángel Herrera, distinguían con certera visión dos momentos en la acción evangelizadora, y un criterio de aplicación práctica. Dos momentos: el primero, la percepción nítida de las necesidades, que había que atender; y el segundo, la posibilidad de satisfacerlas, si se contaba con el hombre adecuado para ello. Y un criterio: el de la subsidiariedad, esto es, una vez trazado el plan, encomendar su ejecución al equipo correspondiente, para irradiar sus efectos sobre la Iglesia y la sociedad.

En 1920 el Cardenal Almaraz pidió al Presidente Herrera la creación de las Juventudes Católicas. Se cumple el encargo y en 1923 pasa la organización a la Acción Católica. Son ya la Juventud de Acción Católica, dependiente de la Junta de Metropolitanos. Y en 1921, por iniciativa de la propia Asociación, surge la Confederación Nacional de los Estudiantes Católicos, que pronto se extendió por todas las universidades españolas,

colaboró en el desarrollo de Pax Romana, creó la Casa del Estudiante en Madrid, restauró la festividad de Santo Tomás de Aquino como Día del Estudiante, y abrió de nuevo la capilla, durante lustros cerrada, de los recintos universitarios.

No necesito subrayar que toda esta capacidad operativa, como obra de pocos sujetos directores, como obra de una minoría, no recaía inmediatamente de forma directa sobre la juventud. Pero sí era ésta la que de manera mediata recibía el beneficio eclesial de los organizadores de cada operación apostólica seglar.

Durante el primer trienio de los años veinte, algunos Propagandistas tomaron parte en una iniciativa política: la fundación del llamado Partido Popular. Y ofrece este momento ocasión para exponer un punto sustancial del ser y del operar de la Asociación Católica de Propagandistas. En su Reglamento, artículo 11, la política concreta quedaba excluida de la actividad propia de la Obra. Gozaba, y goza, sin embargo, cada Propagandista de libertad para intervenir en ella, pero siempre y claramente bajo su propia y exclusiva responsabilidad personal. Con una sola condición: la de que se mantenga en todo momento fiel, plenamente fiel, sacrificadamente fiel, a las Normas dadas por los Romanos Pontífices a los católicos españoles y urgidas por los obispos de nuestra Iglesia. En la creación del Partido Popular tomaron parte algunos miembros de la Asociación, pero, repito a título meramente particular.

Situación que se repitió, cuando tras la instauración de la Dictadura del General Primo de Rivera, y suprimido el Partido Popular, se formó la llamada Unión Patriótica, que recibida e incluso fomentada al principio por algunos Propagandistas, se vio luego abandonada por ellos, debido a que más que floración espontánea de la base social, se fue convirtiendo en artificio montado desde arriba por el poder. Técnica política promocional, a la que no se adherían los miembros de la Asociación, ya que estos consideraban con razón que en la política, como en general en la vida social, son las estalagmitas, que suben, espontáneas, de abajo arriba, y no las estalactitas, que bajan, artificiales, del poder hacia la base social, las que ofrecen las garantías de solidez y permanencia que la libertad ciudadana requiere.

He hablado hasta aquí de la acción. Algo he indicado de la fuente de esa acción, la vida interior. Pero debe añadirse otro elemento, el cuarto, en el operar de la Asociación. ¿Qué elemento es éste? Ese elemento es el estudio. Pieza fundamental del apostolado seglar del Propagandista en la vida pública española. Porque los miembros de la Asociación vivían intensamente el que fue luego lema de la Juventud de Acción Católica: piedad, estudio y acción. En aquella época los que ingresaban en la Asociación traían poseído y asimilado un rico bagaje cultural y profesional, con el que enriquecían a la Asociación. Pero no bastaba esa previa aportación. Y la Asociación cuidaba de completarlo con el estudio, o sea, con los Círculos de estudios, fecundo instrumento capital permanente de su actividad apostólica. Es preciso estudiar antes de actuar. Hay que conocer bien las situaciones antes de intervenir en ellas.

Eran los círculos reuniones semanales de los miembros de un centro en torno a un tema importante, señalado de antemano, sobre el que hablaba cada jueves un ponente, con intervención de todos los asistentes, para que con conocimiento bastante se adoptaran determinaciones o conclusiones de carácter práctico. En todas las sesiones se tenía al final un tramo informativo sobre cuestiones de actualidad.

Junto al Círculo general, funcionaban círculos especializados. A aquél asistían todos los socios del centro. A éstos, un pequeño número de probados conocedores del tema particular. Hubo así círculos de prensa, de enseñanza, de economía agraria, etc. Baste enumerar algunos de los temas estudiado a lo largo de cada curso académico -octubre a junio-: los nacionalismos, la aristocracia, la obediencia a la autoridad civil, las formas de gobierno, el corporativismo, la democracia, el totalitarismo. Como fuentes se usaban las encíclicas, las pastorales de los obispos españoles y algunos grandes documentos de varios episcopados europeos. Y baste con lo expuesto, para hacer constar en este breve relato la función del estudio, que la Asociación exigía sabiamente de sus socios. Había que huir, y hay que huir, de la ligereza, de la superficialidad, y de la simple improvisación.

Al finalizar los años veinte entraba en la Asociación la «tercera generación». Una nueva leva generacional, también numéricamente reducida, de sujetos capacitados para dirigir obras, espiritualmente dotados por el Señor, y todos ellos con el previo asentamiento personal y familiar

socio-económico, que les permitía no depender en nada, bajo este aspecto, de la Asociación, la cual, conviene recordarlo, nunca ha sido oficina de colocaciones, sino base de alistamientos de voluntarios para puestos de vanguardia en el servicio de Dios, de la Iglesia y de España. Servicio descrito en la Oblación del Propagandista, sostenido por la Oración a la Virgen Santísima y apoyado en el patronazgo constante del Apóstol San Pablo.

Entraron entonces, no puedo recogerlos a todos, Alberto y Javier Martín Artajo, Carlos Rodríguez de San Pedro, Nicolás González Ruiz, Alfredo López, José Rodríguez Soler, Fernando María Castiella y Francisco Cantera.

Dos iniciativas debo mencionar dentro de los años veinte. La primera fue la Escuela de Periodismo de *El Debate*. Ángel Herrera y la Asociación eran conscientes de la importancia del mundo de la información, circunscrito entonces a la prensa. La radio iniciaba sus balbuceos y la televisión era mero proyecto con pruebas iniciales. Para influir en la información había que formar periodistas. Y para ello se instaló la Escuela de Periodismo en los mismos locales de *El Debate*. Fue un notorio éxito desde el primer curso.

La segunda iniciativa de la Asociación en los años veinte se centró en la necesidad de los viajes al extranjero, en concreto a Europa, y en la conveniencia del aprendizaje de lenguas. Cada año, generalmente en el verano, se organizaron dos clases de expediciones. Una de Propagandistas, para estudio y conocimiento de la actualidad paneuropea. Y otra, de estudiantes de bachillerato y de universidad, para aprender lenguas. Cosas que hoy son comunes, eran entonces excepción anticipadora.

Concluyó, como había previsto *El Debate*, la Dictadura del año 1923; hubo un año decisivo, 1930, de transición; y advino la segunda República. La Asociación había entrado en época de madurez interior y operativa. En la denominación primera, Asociación Católica de Jóvenes Propagandistas se había suprimido, por imperativo de las edades, el término de Jóvenes. Y con la República hubo que eliminar el adjetivo Nacional. Pero la caída de los términos encontraba a la Obra firme y erguida. Era una nueva hora y hora singularmente dura.

La Asociación tuvo que movilizarse ante el giro laicista, no meramente laico, que los dirigentes impusieron al nuevo Régimen, por obra sobre todo de la masonería de cuño francés. Obedeciendo altos consejos de quien y de quienes podían darlos, los Propagandistas se dispersaron por toda

España, se suspendieron temporalmente los círculos, y se montó toda una operación para acudir a las Cortes constituyentes, convocadas por el nuevo Gobierno republicano. Incluso el propio Presidente de la Asociación presentó su candidatura. No logró el puesto, pero mantuvo con crecido dinamismo todo el montaje informativo y orientador de *El Debate*.

Y sobrevino un momento importante. En 1932 la Junta de los Metropolitanos españoles decidió encargar a Ángel Herrera la dirección de la Junta Central de la Acción Católica. Y en febrero de 1933 dejaba la dirección de *El Debate*. Veintitres años quedaban atrás, de servicio permanente. Siguió al frente de la Asociación. Varios propagandistas se pusieron, bajo su personal responsabilidad, al frente de un nuevo partido, la llamada CEDA, esto es, Confederación Española de Derechas Autónomas. Y la Asociación procedió a montar dos nuevas obras. Eran necesarias. Urgían. Y la Obra contaba con espléndidos sujetos para hacerlas realidad.

Me refiero al CEU, Centro de Estudios Universitarios, y al ISO, Instituto Social Obrero. Las dos grandes preocupaciones operativas, que la nueva situación exigía. Ambas surgieron en 1933. Y como siempre, poco a poco, desde los cimientos, sin megalomanías apostólicas, con la vigorosa elementalidad vital de la semilla, y el subsuelo de roca, que el Evangelio advierte y pide.

Con el CEU se empezaba a cubrir la preocupación cultural. Con el ISO se atendía a la preocupación social. Y debo añadir que se les prestó igual atención e iguales esfuerzos. El CEU abrió dos ventanas: una, la de los estudios de Derecho para universitarios, y los cursos de economía, que años más tarde cuajarían como Facultad propia, punto en el que la Asociación actuó una vez más como institución previsoras. Y otra, la de preparar sujetos capaces para oposiciones de cátedras universitarias y puestos de la Administración pública. En ambas direcciones, desde el primer momento cosechó fecundos resultados. Fueron sus promotores y ejecutores José Larraz y Fernando Martín Sánchez.

Por su parte, el Instituto Social Obrero, con el concurso de todos los centros, montó cursos de preparación de dirigente sindicales católicos, con el positivo resultado de la nueva sindicación católica en el campo y en los servicios. Pedro Cantero Cuadrado, futuro Arzobispo de Zaragoza, y Tomás Cerro Corrochano dieron certero impulso a esta prometedoras labor

social. En 1935, a petición de la Junta de Metropolitanos la Asociación cedió generosamente el ISO al Secretariado Social dependiente del episcopado. Desgraciadamente, la Guerra Civil y el posterior ordenamiento sindical cortaron el poderoso desarrollo prometedor, que hasta entonces había seguido el ISO.

Si el CEU respondía a la preocupación cultural, el ISO atendía a la urgente preocupación sindical de los hombres de la Asociación.

Pero hubo más. En 1935, la Editorial Católica, fundada por la Asociación, dirigida y mantenida por hombres de la Asociación, decidió fundar un nuevo periódico, diario de la tarde, el *YA*, que desde su primer número fue un clamoroso éxito, se vio suspendido en julio de 1936, y reaparecería tras el desenlace de la Guerra Civil en 1939. Lamentablemente desapareció a finales del pasado siglo.

Montóse en 1934 toda una gran operación concertada, en términos modernos militares toda una gran operación combinada. Me refiero a la llamada Gran Campaña Pro Ecclesia et Patria. Concurrieron a ella la Junta Central de la Acción Católica, el diario *El Debate*, y la Asociación Católica de Propagandistas. Actuó la Campaña en todas las diócesis. La Asociación cuidó de los oradores y conferenciantes, sector cubierto por un numeroso conjunto de reconocidos especialistas. La Junta facilitó el despliegue de los actos por toda España por medio de sus juntas locales. Y *El Debate* contribuyó con un número extraordinario dedicado a la Campaña, que bien merecería hoy día una buena reproducción fotostática. Fue esta probablemente la cima más alta de los espléndidos y frecuentes números extraordinarios dominicales, que editó el diario madrileño de *EDICA*.

Dos actividades de la Asociación debo recoger en este último tramo del presente capítulo. Los cursos de verano en el Centro Cántabro de Santander. Y la labor editorial. Porque uno de los servicios, que aquélla prestó, consistió en la publicación y difusión de las encíclicas pontificias y de algunas pastorales de los obispos españoles. Fueron centenares de miles los que se editaron y vendieron. Servicio que culminó con la publicación en 1935 del volumen titulado *Colección de encíclicas y cartas pontificias*, trabajo que fue realizado íntegramente por varios Propagandistas y publicado por la Junta Central de la Acción Católica. Dirigieron esta actividad editorial Máximo Cuervo Radigales y José María Sánchez de

Muniain, quienes más tarde, en 1942, iniciarían los trabajos preparatorios de la benemérita BAC, la Biblioteca de Autores Cristianos.

Al finalizar el año 1935 se produjo un hecho, con el que concluyo esta exposición preliminar. Ángel Herrera dejó la presidencia de la Asociación, que en septiembre de 1935 quedó en las manos firmes de Fernando Martín Sánchez; y decidió, con el expreso consentimiento de Pío XI, realizar el sueño de su juventud, el sacerdocio ministerial. Cesó en la presidencia de la Junta Central de la Acción Católica y en mayo de 1936 se despidió de sus compañeros de la Asociación para marchar a Friburgo de Suiza, e iniciar allí los estudios de teología con los dominicos del Albertinum.

Me he limitado en el desarrollo indicativo de esta exposición preliminar sobre la Asociación Católica de Propagandistas al largo período de la primera presidencia, la de Ángel Herrera Oria. Y me he circunscrito a ella, porque tiene todos los valores del arquetipo institucional y todos los elementos de fidelidad al carisma y de ajuste a los tiempos, que definen el ser sustantivo y constituyen el dinamismo operativo de la Asociación.

Los orígenes de las instituciones eclesiales marcan el cauce y cualifican las aguas del servicio, que cada una de ellas ha de prestar providencialmente a la santa Iglesia, a España, y al hombre en el correr de los tiempos. Ejemplaridad que ha cobrado singular relieve, y alza su energía luminosa en la actual noche oscura de la sociedad, «en estos tiempos en que son menester amigos fuertes de Dios». Palabras de Santa Teresa en el capítulo 15 de su autobiografía, que parecen dirigidas hoy a los miembros de la Asociación Católica de Propagandistas, y no sólo a ellos.

Amigos fuertes de Dios, no dormidos ni soñolientos, sino despiertos y enérgicamente, sacrificadamente, humildemente activos en el servicio de Dios, del Señor Jesús, que es la forma de servir, conforme a razón y conforme a fe, al hombre y a la sociedad.